

quier dominación que pretenda bloquearlos, la utópica lucha contra la muerte. Toda la existencia de Canetti es una negativa a admitir la muerte, una lucha para sustraerle las criaturas, el sueño de poder derrotarla. Pareciera sentirse el paladín de los hombres en el duelo con la muerte y esforzarse en recibir y conservar, en su cabeza capaz de contener el mundo, todos los rostros de las personas que encuentra, para salvarlos de la gran enemiga. Tal vez estaba persuadido de ser inmune a ella y callara esta convicción por respeto a las convenciones y las buenas costumbres. Pero quienes lo conocimos, nos hemos sentido sometidos a él, acogidos y custodiados en su cabeza que conservaba, como una biblioteca llena de humanas pasiones, cada detalle de cada vida.

También este Canetti pleno de atenta amistad, que nos ayudaba a vivir con más serena solidez, se escondía. Tras su afabilidad, que parecía tan distinta de las asperezas de *Auto de fe*, como tras la llana fluidez de su autobiografía, que simula, engañosamente, decirlo todo, había una reticencia, huidiza y mimética, una imprevisible diversidad, una identidad inaferrable e inimaginable. Tras el amoroso padre de una familia reciente y el gentil señor que elaboraba un ceremonial cortés para proteger su propia reserva, había otro, enorme e imposible. Ambos nos enseñan, día a día, a desenmascarar la fiebre de poder y de muerte, ambos nos recuerdan que «cada cual, precisamente cada cual, es el centro del mundo».

El imperio que vive en el aire

«Desde entonces, desde que tenía diez años» —escribe Canetti en su autobiografía *La lengua absuelta*— «es para mí un artículo de fe creer que estoy hecho de muchas personas, de cuya presencia en mí no me doy cuenta en absoluto. Creo que son ellas quienes deciden...» Gran voz nacida en la cultura del imperio danubiano, Canetti encarna aquella multiplicidad que hacía tan difícil definir la identidad habsbúrgica y que, no obstante, la convertía en un modelo de la identidad perdida y resquebrajada del individuo moderno. En el imperio, cuyo himno era cantado en distintas lenguas, cada uno podía definirse por sustracción o negación: el austríaco, escribe Musil, era un astrohúngaro menos un húngaro, y no coincidía con el habitante de los territorios de la actual república austríaca, sino que se ensimismaba en las nacionalidades singulares comprendidas en la corona imperial y regia, y era a la vez el vínculo que las unía y el elemento invisible, común a todas pero idéntico a ninguna. El austríaco existía en la abstracta idea de unidad, en un inmaterial espacio *hinter-nacional*, como decía Johannes Urzidil —escritor pragués de la lengua alemana— o sea oculto detrás (en alemán: *hinter*) de las nacionalidades.

La compuesta variedad del imperio, minado por impulsos centrífugos que se ligaban por una cauta sensatez y una escéptica nostalgia de unidad, había adquirido la convicción de que toda realidad aparentemente unitaria es una pluralidad de componentes heterogéneos y de contradicciones inconciliables. No es casual que en la vieja Austria se hayan desarrollado con particular vivacidad las ciencias que, como la matemática, han revelado su falta de fundamentos, o han explorado, como el psicoanálisis, la múltiple estructura de la personalidad individual. Nadie como «el hombre sin atributos» que era súbdito de Francisco José, debió advertir que era muchos hombres: un cúmulo de cualidades sin el hombre —decía Musil— o cualidades descentradas, es decir el más moderno de los hombres, suspendido entre la fidelidad al pasado y la disponibilidad a las transformaciones del futuro.

La verdadera Austria era todo el mundo, como escribe irónicamente el mismo Musil, porque en ella emergía con particular evidencia la crisis epocal de Occidente. Cuando, en la novela musiliana, el comité de la Acción Paralela busca —para celebrar la onomástica del emperador— la idea central, el principio primero sobre el que se funda Austria (o sea la civilización europea), no lo encuentra. El imperio desnuda el vacío de toda la realidad, que resulta «vivir en el aire».

El interés por la cultura habsbúrgica, que asume a veces unos tonos tediosos y repetitivos, se debe, sobre todo, a la intensidad con que vivió una caída que es aún la nuestra. La imagen que dio al mundo es también nuestro retrato; un retrato elusivo, levemente inauténtico y por ello fiel a la inauténticidad de la que estamos entretejidos, que no coincide plenamente con nuestro rostro y se retrae a una amable ambigüedad, como en la cara del señor Tarangolian, en *Un armiño en Chermopol* de Gregor von Rezzori, lo verdadero y lo falso se alternan en una intersección seductora e inaferrable.

Los poetas del imperio vivieron a orillas de la vida, como los personajes de Joseph Roth en la periferia oriental de la monarquía; vivieron en la espera o en el recuerdo de un final, que era también el nacimiento de una cultura tendida hacia el porvenir. La sensatez habsbúrgica era el arte de diferir el final, de prolongar el ocaso y de hallar con esto un acomodo, irónico y disolvente, para obtener de sus pliegues y sus pausas, todo fragmento posible de placer y abandono. El pesimismo ante una historia inalcanzable y amenazante había enseñado a desconfiar de cualquier totalidad que se realice a expensas de lo singular, y a proteger lo particular contra lo universal, la fugaz ternura de los sentidos contra la marcha triunfante y destructiva del Espíritu del Mundo. El arte de la despedida era asimismo el arte del placer y del amor, como enseña la Mariscala en *El caballero de la rosa* de Hofmannsthal; la mirada desencantada que desenmascaraba toda certeza

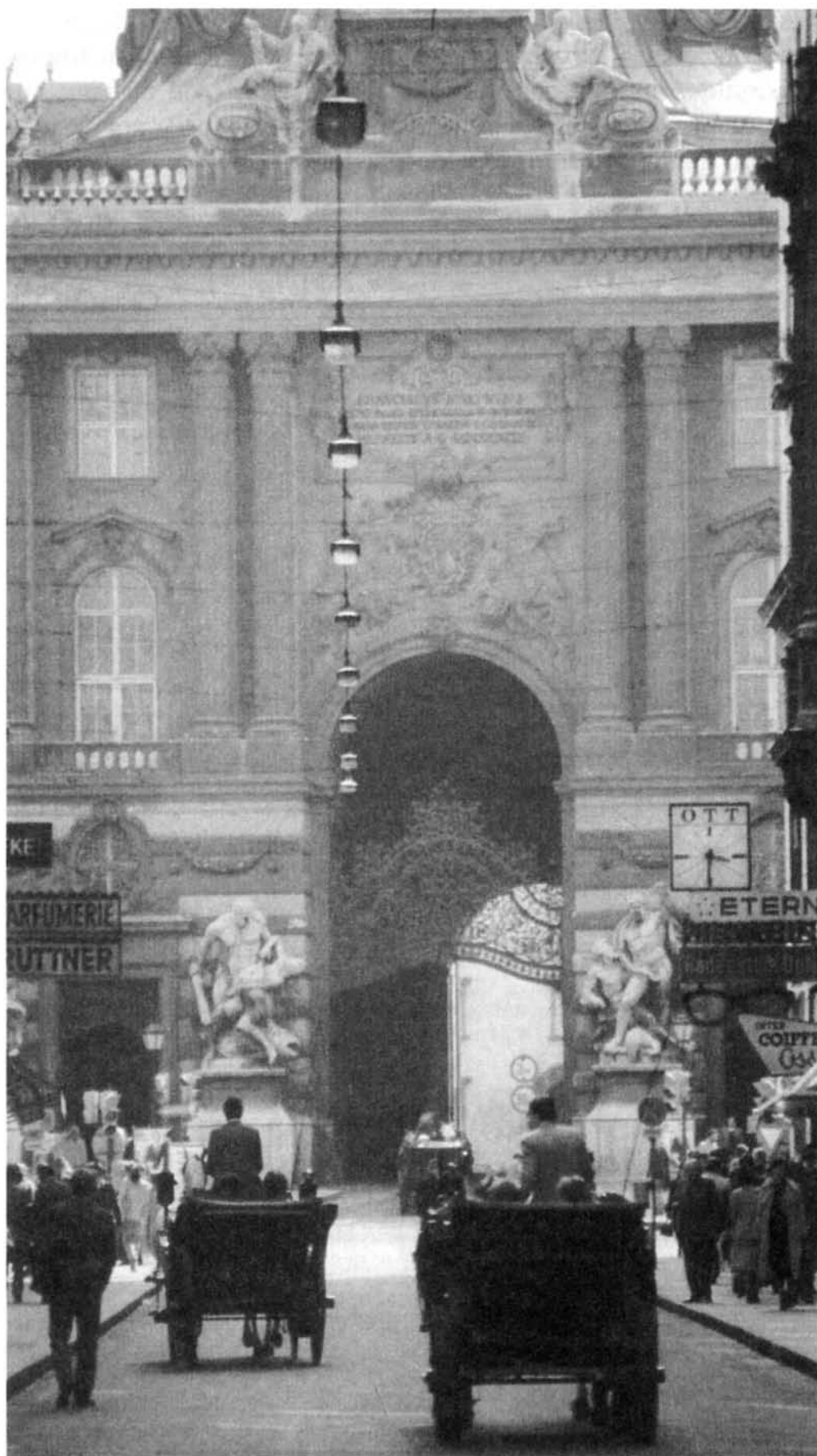
estaba acompañada por la sonrisa que se concilia con el absurdo de la vida, el gesto discreto que disimula la insensatez y atenúa la tragedia, esa cuota de imbecilidad cotidiana que la inteligencia necesita para vivir.

La civilización habsbúrgica es actual porque pone en evidencia la irrealidad que ha invadido el mundo. De la política a la existencia diaria, de la vida pública a la privada, de la industria cultural al debate ideológico, la realidad parece no reconocer acciones justas o equivocadas, buenas o malas, sino sólo Acciones Paralelas, locuaces y vagos intentos de resolver problemas inexistentes, verbosas y afanadas ejercitaciones sobre la nada. Ciertamente, la herencia de la vieja Austria es también un ejemplo concreto de corrección civil y de respetuosa eficiencia administrativa, objetivos caros del Estado habsbúrgico que una perspectiva nacionalista había denigrado injustamente y que ahora son, no ya sólo justamente revaluados, sino también exagerada y polémicamente exaltados, como modelos que sirven para protestar contra los Estados posteriores.

Este *revival*, que va de la debida revaluación a la facciosa y patética mitificación, no atañe tanto a los Habsburgo cuanto al actual cuestionamiento de las unidades político-estatales, en nombre de un particularismo cada vez más acentuado, del cual la variedad habsbúrgica deviene un símbolo. El fastidio por los aspectos folclóricos y regresivos de tal *revival*, como por muchos lugares comunes de la moda cultural danubiana, no debe caer en un reactivo mecanicismo de rechazo, compulsivo como toda reacción, que no distingue entre valores auténticos y copias trasnochadas: si hay una indigestión de cultura austríaca, anota Giuseppe Bevilacqua, la culpa es de quien no sabe elegir la dieta, no del alimento mismo.

Toda celebración centroeuropea que no acompañe con ironía la nostalgia, se convierte a su vez en una nueva Acción Paralela y niega la auténtica tradición austríaca, que está hecha de rebeliones, negaciones y parodias. El indócil y anárquico amor de los «hombres sin atributos» por su mundo, se expresó, desde Grillparzer hasta los actuales escritores de la Escuela de Graz, en una obstinada crítica a ese mundo, amado y por ello severamente juzgado en nombre de cuanto se esperaba de él. El imperio transmitió a sus herederos, sobre todo, una *forma mentis* apta para penetrar los entresijos de la realidad contemporánea.

De estos herederos, muchos viven más allá de las fronteras del Austria antigua y moderna, entre gentes y lenguas diversas, respecto a las cuales se sienten heterogéneos, como cada quien lo era respecto a los demás en la ordenada y ecuménica Babel imperial, en esa mezcolanza de lenguas que hacía familiar la lejanía y extraña la cercanía, y educaba para penetrar el reverso de la realidad, el otro lado de la razón.



Viena: el Palacio Real

El Austria de los muchos pueblos existe en muchos lugares y en muchas conciencias. No obstante, hay un don que la vieja Austria no nos ha transmitido, un bien que volvemos a lamentar, cada mañana, cuando abrimos el periódico: esa sensatez señalada por Musil, por la cual, en Austria, un genio podía ser tomado por tonto, pero nunca un tonto, por genio.

Claudio Magris

Traducción de Blas Matamoro